

La verdad a juicio

Pievani, Telmo. *Creación sin Dios*. Trad. Silvia Schettin, Madrid, Ediciones Akal, Akal Ciencia, 2009.

Creación sin Dios es, a pesar de los problemas que pueda comportar el oxímoron de su título, una obra pedagógica, y no sólo porque aborda el evolucionismo de manera clara, próxima, llena de felices aciertos (la breve biografía de Darwin que intercala el filósofo explica mejor que nada la comprensión de sus descubrimientos) y mantiene a la vez un afortunado ecumenismo a la hora de pasar revista y valorar los distintos conocimientos científicos y las diversas modalidades en las que se concreta la cultura actual. Su carácter didáctico viene dado asimismo puesto que alude a una cuestión educativa cuya trascendencia está, en mi opinión, muy lejos de agotarse. Por decirlo de un modo expeditivo y breve: ¿qué estamos obligados a enseñar a las generaciones futuras?, ¿cuáles han de ser los contenidos que deba transmitir la enseñanza para garantizar mejor la vida adulta (tanto en el ámbito profesional como en el personal) de los actuales educandos? Desde luego el tema es apasionante y todavía es pronto para poder dar la última y definitiva palabra: me temo que se trata de una discusión que permanecerá abierta durante mucho tiempo. Uno de los muchos méritos de este libro estriba en aportar una valoración desapasionada y objetiva a ese debate.

Es fácil resumir sus propósitos con unas simples frases: Pievani se propone reivindicar el darwinismo, una teoría científica avalada por un número ingente de hechos y de predicciones, al mismo tiempo que trata de dismantelar un peculiar batiburrillo donde se conjugan concepciones mitológicas acerca del origen del cosmos y de la vida con supuestos paradigmas y nuevos descubrimientos; una cosmovisión, trabada con inaudita falta de respeto hacia la lógica y la experiencia, con claros prejuicios ideológicos y que no sólo se conforma con rivalizar desde un ángulo teórico con aquél, sino que, además, exige su presencia en los planes de estudios de la enseñanza secundaria. Es decir, está en juego la teoría evolutiva en abierta contraposición con el creacionismo (o el Diseño Inteligente, aunque este último es una derivación del anterior). Formulada de esta forma la tesis exhala un dogmatismo infundado, inevitable empero cuando tratamos de opuestos más o menos irreconciliables. Alguien podría admitir *prima facie* ambas explicaciones del cosmos y defender a la vez su exposición exhaustiva en la clase de ciencias de los institutos, quizá de las escuelas, movido por un sincero amor al diálogo, al ejercicio de las libertades democráticas y a la búsqueda de la verdad, elementos que caracterizan asimismo el discurrir secular de la ciencia.

En honor a la verdad Pievani no responde de una manera directa a esta objeción; sin embargo, a lo largo de toda su obra formula en repetidas ocasiones una pregunta (común por lo demás en otros biólogos) que, sin aparente respuesta, parece destinada a refutar la posibilidad de un debate a cualquier precio: ¿por qué no surgen discusiones análogas en otras

disciplinas? Pues lo cierto es que, fuera del interés histórico del que puedan hacer gala algunos profesionales de la docencia, no se estudia la alquimia en las clases de química ni se discute sobre el flogisto en las de física; ¿qué necesidad hay entonces de contraponer el darwinismo a una doctrina contra la que se opuso ya desde su origen?

Aunque el autor nada dice al respecto, no resultaría complicado esbozar probables explicaciones para la causa del conflicto. La supuesta ascendencia divina del hombre casa bien con su rara singularidad, con la ausencia de un interlocutor entre las especies que cohabitan a su lado, con las esencias culturales en las que vive enclaustrado. No obstante, la teoría de la naturaleza que pergeñó el científico inglés postula un mundo que no está dado de una vez por todas, sino que se va gestando mediante sucesivos ensayos y errores, donde prevalecen por igual las causas azarosas y la permanencia renuente de lo caduco, y en el que lo humano no goza sino de un origen ineludiblemente natural. Y lo que es peor aún: la experiencia del propio Darwin nació contra las pretensiones que han inspirado a la religión a la hora de ofrecer una explicación *omnicomprensiva* del universo en su totalidad.

De un modo directo o indirecto, toda la obra parte de esa tesis. Desde la primera aproximación a la vida y doctrina del naturalista inglés hasta las arduas explicaciones destinadas a exponer y desenmascarar la retórica creacionista o el Diseño Inteligente, se parte de la convicción según la cual la teoría evolutiva tiene por posibilidad más incitante ofrecer una visión secularizada del universo, y es antitética con respecto a las fantasías delirantes que abogan por un plan racional que determine el sentido del cosmos. Lo mejor de la inteligencia de este filósofo, lo más acerado de su ironía, sale a la luz en cuanto aborda esa desviación no ya de la ciencia natural, sino del mismo sentido común.

Para ello parte de la progresiva implantación, merced al poder de las religiones, de los relatos míticos del origen, en una presentación diáfana que arranca con la teología de Paley, en cuyos textos aparece la moderna apología de la naturaleza entendida como producto de un diseñador supremo, para llegar a sus defensores actuales, quienes justifican sus tesis apelando a supuestas lagunas en el evolucionismo mientras se atienen al sano ecumenismo del espíritu científico. La labor de Pievani consiste en desenmascarar con admirable eficacia sus estrategias y supuestos, censurando al mismo tiempo otros planteamientos que pueden vincularse a las tesis creacionistas, pero que proceden de otros ámbitos: el principio antrópico, por ejemplo. Ataca su beligerancia, su afán de suscitar vanas polémicas bajo el pretexto de un supuesto amor a la verdad y sus sospechosas filiaciones políticas.

Esa tarea, ingente a pesar de lo escueto de su trabajo, se mueve entre el análisis exhaustivo, el profundo conocimiento de los errores que se propone combatir, la refutación razonada y exenta de argumentos pasionales, la sabiduría y el humor; de hecho, uno de los pasajes más divertidos de la obra es aquél en el que se habla del dios de los espaguetis, una invención que ideó un estudiante de física para combatir las pretensiones neocreacionistas de llevar su doctrina a la enseñanza (me

abstengo de ofrecer otros datos al respecto: privaría a los posibles lectores del placer de descubrirlos por sí mismos.)

La eficiencia divulgativa y los conocimientos científicos del autor – que alcanzan a la teoría de la información o a la filosofía de la cultura – vienen acompañados empero de lúgubres consideraciones políticas. Denuncia con justificable preocupación los devaneos del republicanismo estadounidense o del entonces primer ministro británico, Tony Blair –algo lógico si se tienen en cuenta sus filiaciones personalistas–, con este tipo de doctrinas, lo que comporta siempre, con terrorífica reiteración, la incorporación de las mismas en la educación, so capa de fomentar el diálogo entre distintas modalidades de pensamiento. Sus puyas alcanzan a la propia postmodernidad, que, al asumir que existen interpretaciones y no hechos, o al proclamar el fin de la distinción entre ciencias físicas y sociales, entre los distintos tipos de conocimiento, ofrece una inapreciable apología a esta nueva forma de reacción.

Y tiene su gracia, por otro lado. La visión que ofrece Darwin del mundo y de la vida no se diferencia en gran medida de la que puede detentar el pensamiento conservador, sobre todo en sus aspectos económicos. En efecto, la selección natural a través del sexo o la supervivencia del más apto superan con creces un paralelismo meramente analógico con el evidente erotismo que desprende nuestra noción actual del prestigio o la soberanía que tiene la competitividad en todas las áreas de la sociedad (si bien estas últimas ideas obedecen más al evolucionismo de Spencer que a las nudas tesis darwinistas). Cuesta creer que no consideren con seriedad al venerable científico inglés como el mejor de sus antecedentes, pero admitir esto sería demostrar a la vez que su pretendido cristianismo es, en el fondo, una lisa y llana mala conciencia. Al mismo tiempo, quizá sea el darwinismo, de entre todas las disciplinas humanas, quien mejor haya dotado al pensamiento filosófico de la necesaria cautela ante los peligros de la metafísica fundamentalmente religiosa. Siempre y cuando, claro está, se considere a esta última cual auténtica amenaza; algo que la postmodernidad se complace en no contemplar.

En fin, acaso sea lo más interesante del libro de Pievani el cúmulo de preguntas y desafíos que formula, de una manera implícita, a propósito de las difíciles relaciones entre la razón y la fe. Con su lectura se siente la importancia, vital en los tiempos que corren, de dotar a la prudencia laica de nuevos contenidos y metas, que alcancen incluso al hecho religioso. Por cierto, el laicismo podría devenir un mediador crítico entre la ciencia y la religión, delimitando con nitidez los campos propios de cada una y sus intereses específicos. Correspondería a la primera lo universal y empírico mientras que, para la segunda, sería lo subjetivo y espiritual, siendo la aconfesionalidad una suerte de barrera destinada a proteger ambos reinos, una invitación recíproca para que uno de ellos no se inmiscuya en el dominio del otro. La obra que reseño demuestra con creces que esa generosidad sólo está procediendo de uno de los dos.

Lo que, por otro lado, es lógico. El espíritu aconfesional, y por retomar la metáfora anterior, encarna la antinomia de la muralla: protege a la ciudad de enemigos virtuales, pero impide al mismo tiempo su crecimiento en el espacio. A diferencia de las científicas, las verdades

religiosas, cuando fundamentan por lo general iglesias y otras estructuras, rara vez animan a quien las custodia a fruir de las mismas en íntimas soledades. Al revés, le incitan a promoverlas y propagarlas por doquier, ignorando cualquier freno o resistencia, al costoso precio de vulnerar incluso la verdad. El adoctrinamiento se basa en eso. No consiste tan sólo en la transmisión de una serie de preceptos, o de una determinada cosmovisión, también sustrae la capacidad crítica del sujeto que se quiere adoctrinar, la posibilidad futura de su incertidumbre, el benéfico don del cuestionamiento y de la disidencia.

El libre mercado genera sociedades irracionales. La supremacía del deseo y de la necesidad, el fuerte condicionamiento del consumo en todos los aspectos de la vida económica, revelan, a la larga, una actitud hostil frente a la razón, una complacencia absurda en la ignorancia y en lo incomprensible. Las ventajas que eso comporta en el derrocamiento del discurso científico y su posterior sustitución por doctrinas de origen religioso, que se dicen exentas de toda duda razonable, están a la orden del día. Urge entonces poner de manifiesto los presupuestos epistemológicos del saber en general, qué clase de condiciones ha de satisfacer –por decirlo con los lógicos- para que podamos considerarlo como tal. De lo contrario, y contra lo que pueda defender Pievani, no será solamente la ciencia la que sea llevada a juicio.

Juan Manuel Checa
Seminario de Filosofía Política
Universitat de Barcelona